Receta para el Odio

Eduardo Riveros Pino

Image not found.

Capítulo 1

Inicié el trayecto a pie. Hacía una mañana soleada en el cerro donde me encontraba. Ya estaba acostumbrado al sol en mis ojos cada vez que comienza el día. Se me unieron mis dos compañeros. Sus nombres clave eran "Cabecita de nube" y el "Camión". Al primero le pusimos así porque siempre solía hablarnos de que, cuando había nacido, su cabeza estaba poblada por una espesa maraña de pelo blanco, casi albino, pero con una textura esponjosa, como algodón. Al segundo le pusimos así porque su contextura física era inmensa. Verlo caminar con su abrigo y sus bolsos me hacía pensar en un oso caminando en dos patas. Mis fieles compañeros han permanecido aquí conmigo todo este tiempo. Ellos me fueron asignados como grupo de apoyo por la División de Inteligencia del batallón. Los diez meses que hemos esperado acabarán teniendo su gratificación final, de eso estoy seguro. Al menos, así lo decidimos dos semanas antes de venir a vivir acá.

El plan seguía en curso, las armas estaban calibradas: aproximadamente a las 11:00 AM del presente día (eso nos dejaba con dos horas para montar todo), él pasaría en su comitiva por la ruta que serpenteaba por la parte posterior del cerro Alicante, lugar escogido cuidadosamente por Inteligencia. La comitiva la integrarían tres automóviles, dos motocicletas, un solo blanco. El dictador no iba solo. Desde adelante hacia atrás, en el primer auto se encontraría personal de su guardia privada. En el segundo auto, se hallaría nuestro hombre, acompañado su esposa y dos de sus hijos, además de su chofer. Finalizando, en el tercer auto viajaría un diplomático extranjero junto a dos guardias presidenciales. Encabezando la fila, montarían en motocicleta dos escoltas de la policía secreta del Estado. Desde nuestra altura, se verían como hormigas. Si fallábamos, el país entero sufriría las consecuencias de nuestras inaptitudes. Fallar no era una opción. Al contrario de lo que muchos piensan, sí tenemos mucho que perder. Pero por otro lado, tenemos la libertad de todo un pueblo que ganar. La vida que hemos llevado dentro de estos veinte años de la más sangrienta y cruel dictadura que el hombre haya visto jamás no va a borrarse de la memoria colectiva del pueblo. Pero los hombres como él también mueren. Explotan, les disparan, se ahogan, los decapitan, los cuelgan de un cadalso, o mueren como cerdos en sus cómodas camas sin haber conocido una celda. Este país está infestado, y nosotros aplastaremos a las cucarachas. En un par de horas, el pequeño y aislado mundo en el que nos han acostumbrado a vivir terminará. El día de hoy conoceremos por fin la libertad.

Ya amaneció. ¡Estoy muy emocionado! Hoy es mi cumpleaños. Me levanté y fui a la cocina. Mi mamá estaba preparando mi desayuno. Me escondí tras la puerta para darle un susto. Noté su mirada de reojo. Sé que me

vio. Mi risa se escuchaba mientras ella vociferaba "creo que hay un ratoncito en la cocina". Se acercó hacia la puerta y me lancé hacia ella. Le di un fuerte abrazo, sentí en mi rostro la suave tela de su delantal. Su ropa emanaba el aroma característico de su piel recién amanecida. A partir de este año, empezaría a dormir solo en una cama dentro de una pieza distinta de la suya. Ya lo habíamos hablado la noche anterior. Quise sentir el olor de su piel una vez más antes de que se duchara. Quizá ya no la volvería a sentir jamás.

-Los tíos llegarán luego, vaya a bañarse mejor. El desayuno va a estar listo en un ratito -me dijo mi madre.

La obedecí al instante. En el pasillo hacia el baño, lancé una mirada dentro del dormitorio de mis padres. Mi papá ya se había vestido. Estaba hablando por teléfono. Se oía animado. No supe con quién estaría conversando, pero supuse que estarían planeando la tarde que se vendría con mis tíos que venían de Argentina. Hace un tiempo pasaron por mi casa y se despidieron de mí. Me dijeron que tenían que irse por un tiempo, que necesitaban "cambiar de aire". La sola idea de verlos nuevamente me ponía muy feliz.

Después de bañarme, me sequé cuidadosamente y me coloqué mi polera favorita. Era de color negro, con un estampado de Las Tortugas Ninja en ella. Desayuné con mis padres, quienes me hacían bromas respecto al regalo que me tenían para el día de hoy.

-Uhhh -decía mi madre, dándome una mirada pícaro-, ¿tenían carbón donde don Pedrito? O si no Miguelito se va a quedar sin su regalo.

-No tenían -respondía mi padre-, este diablo tuvo suerte este año.

Yo reclamaba, pero ambos me miraban sonriéndome mientras acariciaban mi cabeza. Hoy cumplía diez años. Para mí, significaban el mundo entero, igual que ellos.

Dentro de un rato, tocaron a la puerta. Mi padre se levantó para abrirla. Preguntó quién era. "Soy el Chito", respondieron. Era la voz de mi tío. Mi padre abrió la puerta.

Un estruendo me hizo botar el vaso de leche del que estaba bebiendo. Mi madre dio un grito agudo mientras se levantaba de su silla. Me volví hacia la puerta. Bajo el dintel se hallaba un hombre corpulento que yo no conocía. Utilizaba lentes de sol y un traje formal, como los que ocupaban los empleados de las oficinas a las que mi padre iba a trabajar. Su cabello discurría en líneas serpenteando hacia la parte posterior de su cabeza, la cual brillaba, probablemente por algún gel. Tenía un semblante adusto, seco, el cual no expresaba emoción alguna. Mi padre yacía en el suelo, la sangre manaba de su nariz mientras él intentaba detener la hemorragia

con sus manos. Detrás del hombre corpulento se encontraban otros tres, dos de ellos, los que lucían casi igual al hombre que golpeó a mi padre, sujetaban fuertemente al que se encontraba al medio. Sólo identifiqué a este último. Era mi tío. A lo lejos alcancé a notar que miraba hacia sus pies. Unas lágrimas caían desde su rostro. No entendía nada de lo que estaba sucediendo.

Observé hacia donde se encontraba mi madre, pero ésta ya había desaparecido. Del pasillo apareció ella. No alcancé a notar su expresión, ni su postura, ni tampoco las palabras que emergieron de su boca. Mis ojos permanecieron cautivos de la pistola que ella sostenía entre sus manos, apuntando al hombre bajo el dintel de la puerta. Se escuchó un segundo estruendo proveniente del cañón del arma, pero el hombre, ágil, se escabulló entre el mobiliario y golpeó a mi madre en la cabeza con la culata de su pistola, la cual había desenfundado mientras se acercaba peligrosamente hacia ella. Fue un gesto tan rápido que apenas asimilé el cambio tan brusco que hubo entre mi madre disparando y el hombre golpeándola.

Mi mamá soltó su arma y cayó al suelo. El hombre le agarró las raíces de su cabello y levantó la cabeza de su víctima hacia su propio rostro. "Viva la revolución, ¿no?", -dijo el hombre.

Yo me encontraba paralizado, como mirando una película que no acababa de comprender bien, pero que de alguna manera, me mantenía amarrado a mi butaca, privándome tanto de mis reflejos como de mis movimientos. Fijé mi mirada hacia mi padre. Él ya no se movía. Esperaba que sólo fuese un desmayo, pero mis pensamientos tampoco podían ir tan lejos como para pensar siquiera lo peor. Los otros hombres permanecían impertérritos, inamovibles, pareciera que estuviesen esperando a que el hombre corpulento terminara su trabajo. Como si esto fuese un procedimiento que habían hecho miles de veces antes y que ya no les sorprende, sólo esperan que se termine rápido para largarse de ahí lo antes posible.

De repente, el hombre corpulento agarra mi brazo y me arrastra por el suelo hacia mi madre. Estaba amarrada, sus manos estaban hinchadas por la circulación cortada, su rostro pálido contrastaba con la sangre que ahora aparecía en sus mejillas. Mis ojos la miraban hipnotizados. El hombre le mantuvo la cabeza levantada con su mano mientras que con la otra me agarraba con fuerza de mi brazo. Dirigió su mirada hacia mí, pero no alcancé a ver sus ojos tras sus lentes de sol.

-¿Sabías que tus padres son terroristas?, -me dijo el hombre.

-¿Qu...qué es un terrorista?, -pregunté.

-Mira, mijito, cuando tú juegas con tus soldaditos de plomo y se matan entre ellos, tus padres hacen lo mismo, y son tan idiotas como para dejar que los maten también. Tus padres son unos asesinos. Pero tú eres muy chico todavía, ni siquiera te has descartado y vas a entender de terroristas -dijo el hombre. Alcancé a ver un atisbo de lo que sería una sonrisa en sus labios.

Lo observé sin saber qué decir. No tenía idea de lo que era un terrorista, pero no creía que fuesen asesinos.

-Miren, chiquillos -se dirigió hacia sus compañeros-, este cabrito ya no quiere hablar. Quizá sus papitos le amenazaron con cortarle la lengua si decía algo.

Los hombres no se rieron ni dieron gesto alguno de haberlo escuchado. Permanecieron de pie sujetando a mi tío, el cual seguía mirando hacia sus pies.

-Ya pues, tendremos que mostrarle entonces. Entren, señoritas, dejen todo limpio, mi esposa me mata si llega a la noche y se da cuenta de que nos estuvimos divirtiendo de nuevo.

Los dos hombres junto con mi tío ingresaron en mi casa, amarraron a mi padre inmóvil en el suelo y lo dejaron junto con mi tío, también amordazado. Revisaron los muebles, las habitaciones, rompieron los colchones, abrieron el techo, pero volvieron con las manos vacías.

-Siempre tengo que hacer todo yo, ¿no? -dijo el hombre corpulento mientras daba un puntapié al suelo. Su pie atravesó la madera con facilidad. Luego se dirigió a mi madre.

-¿Creíste que no había notado que, bajo las tablas del piso, estaba hueco?-le dice a mi madre, dándole una fuerte palmada en el rostro.

Los otros hombres quitaron las demás tablas de madera. El hombre corpulento seguía sujetándome del brazo. Lo hacía tan fuerte que ya no sentía dolor. Mi brazo se durmió. Lo único real ahora era esta situación. Cuando terminaron de quitar las tablas, uno de los hombres extendió un brazo y sacó un rifle del agujero que acabaron de hacer. Miré a mi madre. Ella lloraba y miraba hacia el suelo.

Poco a poco los hombres fueron sacando rifles, pistolas, granadas, munición, y un pequeño barril con pólvora. Jamás pensé que aquellas armas estarían bajo mis pies. Me imaginé saltando en el suelo y volando en mil pedazos por inestabilizar la pólvora en un día cualquiera.

El hombre corpulento se dirigió a mi madre.

-Hay que darle crédito a tu hermano. No es para nada un hocicón, y nos tomó siglos encontrarlo. Nuestros agentes en Mendoza dieron con él allanando la pocilga en la que se estaba escondiendo. Te lo juro, tu hermano habla menos que cajera de peaje. Pero bueno, descubrimos que las ratas tienen un gran poder de persuasión. Cuando le metimos una por el ano de inmediato abrió la jeta -dijo el hombre, serio, como si fuera un científico explicando las maravillas de estos animales.

Mi madre lloró aún más fuerte. No podía emitir palabra alguna, puesto que el hombre le había introducido un calcetín en la boca. Pero mi madre me observaba con ojos lánguidos, destrozados, como pidiéndome perdón. Fue la última vez que vi los ojos de mi madre. El hombre le colocó una bolsa negra en la cabeza, privándola de la luz del sol para siempre. Hizo lo mismo con mi padre y mi tío.

De la nada, entraron otros dos hombres a la casa, vestidos igual que el resto de los que decidieron invadir mi mundo aquel día. Se llevaron a rastras a mi padre y a mi tío, saliendo por la puerta abierta.

El hombre corpulento me soltó al fin. Agarró a mi madre con un solo brazo, como si fuera una bolsa de basura, dispuesto a largarse, cuando se dirigió a los otros dos que quedaban custodiando las armas.

-Llévense todo en dos viajes, con esos brazos no se pueden sostener ni a sí mismos. En cuanto a ti -se dirigió hacia mí-, te acabamos de salvar de estos terroristas. Si tienes algún familiar que no sepa cómo disparar, ándate a vivir con él -dijo, llevándose a mi madre bajo el brazo con los otros dos hombres a su siga llevando la mitad del armamento.

Me senté en la silla. Mi pan tostado seguía allí, estaba frío. A mi lado descansaban las armas que habían emergido de mi suelo, repartidas en la mesa según tamaño. Sin pensarlo, agarré una pistola con la mano. La observé detenidamente, presioné un botón y una cámara se soltó de la culata. Y en ese momento, volví a sentir el aroma que despedía mi madre por las mañanas impregnado en aquella arma que, ahora ya no me cabía duda, le había pertenecido a ella.

Mantenia mi paso firme al caminar. Como líder, debo dar un ejemplo a mis compañeros. Para ellos, yo era el compañero comandante. Cualquier vacilación es síntoma de duda. La única duda permitida es cuestionarse si se debe apuntar al corazón o a la cabeza. Todo lo demás, se debe mantener en frío. Recordar es complicado, pero mi temple es firme y mi voluntad impenetrable. Sólo debo mantener en mente a aquellos rostros que me observaron desde mis paredes de la cabaña exigiéndome justicia.

Justicia que ha pasado ser otro privilegio más de los que más tienen, y un mito quijotesco de quienes, día a día, padecen de la opresión y de la ilusión de libertad.

El trayecto se hacía largo y engorroso. La vegetación autóctona nos hacía más dificultoso el ascenso pero nos serviría de biombo para ocultarnos de nuestros enemigos. Vestíamos de verde, cualquier otro color resultaría muy llamativo dentro de una zona marcada por su homogéneo tinte. Íbamos los tres en silencio. Habíamos repasado por última vez las posiciones después de desayunar, no necesitábamos de más cháchara. La verborrea inútil era propia de los que estaban arriba, de los opresores. Nosotros tenemos que actuar.

Llegamos a la cima del cerro. Decidimos descansar un rato para reponer fuerzas. Desde allí divisamos el valle que se extendía más allá de estas montañas. En las faldas del cerro, transcurría una pequeña pista de doble vía.

-Ahí está nuestro campo de batalla, compañeros –dijo el Camión.

-Pero ellos no lo saben –acotó Cabecita de nube.

-En un par de horas, todo el país lo sabrá –respondió el Camión.

Luego de un descanso de quince minutos, iniciamos el descenso. Supuse que hasta los revolucionarios deben descansar de vez en cuando. "Pero la revolución no descansa", pensé.

En el lado posterior del cerro crecían arbustos más frondosos y altos, por lo que el descenso no se nos hizo riesgoso, más sí lento. No nos demorábamos en dismantelar nuestros rifles ni en armarlos nuevamente, pero debíamos estar ahí lo antes posible cosa de corregir cualquier margen de error en nuestros cálculos en base al tiempo, la distancia y la altura en la que nos encontrábamos. Teníamos sólo una oportunidad. Si el perro salía vivo de ésta, la próxima vez ya ni saldría de su mansión. Y si lo hiciera, estoy seguro de que no dudaría en imponer Estado de Sitio y un toque de queda para que pudiese viajar por las calles él sólo, como si fuera dueño del país. "La Nación no tiene dueño", pensé. Tras una larga marcha cuesta abajo, llegamos hacia la bandera amarilla que habían colgado nuestros compañeros de la División Terrestre en el suelo semanas antes. Nadie transitaba por allí ni existía fauna nativa, por lo que sabían que la bandera permanecería allí para indicarnos el lugar exacto donde debíamos instalarnos. Miré mi reloj. Eran las 10:34 AM. La piara de cerdos está por llegar.

Ellos sabían que yo estaba interesado en unirmeles. Me había puesto en contacto con un compañero de mi carrera quien, según los rumores, era parte de un grupo guerrillero activo en el país. Le comenté mi interés en unirme al grupo, pero me dijo "No sé de qué me estás hablando. La próxima vez, anda a joder el Mercedes Benz de algún pituco", y se fue. Al principio no entendí a lo que se refirió. Estuve varios días sin saber de él. Me enteré al poco tiempo de que había congelado la carrera, lo que hizo que me quedase sin contactos para mis propósitos políticos. Si bien había grupos universitarios que se hacían llamar "subversivos" o "de izquierda", sus métodos me parecían muy poco efectivos. Sus marchas, protestas y cancioncitas me hacían pensar en que eran como un enjambre de abejas intentando picar un muro de piedra. Yo me la jugaba con colocarle pólvora a un cañón para derribar aquella pared gris, opresora, asesina. Terminé decepcionado de mis compañeros hippies y moderados.

Un buen día, estaba almorzando en el casino de facultad, cuando se acercó aquel compañero del rumor y depositó un periódico en mi mesa. "El diario de hoy", dijo. Y se marchó. Quise perseguirlo para insistirle con lo de mi propuesta, pero sabía que sería inútil. Creía que la respuesta la encontraría en el diario. Lo miré. Era la copia del día de "El Coloso", un diario oficialista que, se ha sabido, ha encubierto cientos de crímenes cometidos por el gobierno dictatorial. ¿Por qué habría de dejarme este diario de derecha? "Sólo los cuicos leen esta basura", me dije.

Entonces lo recordé, recordé lo que me había dicho esa vez: "La próxima vez, anda a joder el Mercedes Benz de algún pituco". Lo pensé un momento y lo deduje. Avancé hacia la parte de Avisos Económicos. Busqué por todos los anuncios hasta que encontré el que buscaba.

"Se vende auto Mercedes Benz, año 1978, modelo 280CE

Contactarse con Ramón, 900137xx

Calle Sor Teresa de Calcuta, 2014"

Así fue cómo los contacté. Me dirigí hacia la dirección que salía en el aviso. Era una casa pareada, bastante grande, parecía una pensión de ancianos, la cual se encontraba en un barrio muy callado y tranquilo. Llamé a la puerta. Al rato se escucha la voz de una mujer desde dentro de la casa, tras la puerta.

-¿A quién busca? -preguntó con naturalidad.

- A Ramón -contesté con seguridad.

-¿Para qué lo necesita? -dijo.

-Vengo por el Mercedes Benz -respondí.

La mujer no volvió a preguntar nada más. Pasaron como cinco minutos, hasta que alguien abrió la puerta. Era un hombre joven, de estatura promedio y bien parecido. Estaba afeitado y llevaba el peinado intacto, como si fuese arreglado por su propia madre antes de salir. Me miró directo a los ojos, se mantuvo así un rato, como si estuviese midiendo mi consecuencia o mi valentía, hasta que concluyó que era el hombre correcto y me tendió la mano.

-Me llamo Fernando -dijo, su voz era amablemente segura de sí misma-, pasa, por favor.

-Gracias -dije, mientras ingresaba en aquel antro misterioso.

Había un pasillo amplio, el cual avanzaba derecho hacia atrás de la casa mientras se plagaba de puertas a través de él que conducían a distintas habitaciones. Me guió hacia la habitación contigua a donde nosotros nos encontrábamos. Era una especie de sala de estar. Todo estaba limpio, pero lucía guardado, como si no abrieran las ventanas. El aire no estaba viciado, pero a la vista daba dicha sensación. Había una biblioteca llena de libros. Me acerqué a verlos mientras mi anfitrión se sentaba en uno de los sillones. Había de todo, desde libros de Fisiología Humana, pasando por Geografía Nacional, llegando hasta las obras completas de Hegel. Me dio la impresión de que se leía mucho en esta casa.

Fernando (tiempo después supe que su nombre verdadero era Eduardo) me ofreció un vaso de jugo, el cual acepté gustoso. Sirvió dos vasos, mirándome a los ojos mientras me tendía el mío hacia mis manos.

-Debes tener mucha sed, afuera hace un calor del demonio -dijo.

-Sed de justicia -respondí, por una parte fue honesto, pero por otra quería dar una buena impresión.

Se quedó observándome. Ya no sonreía. Permaneció serio un momento. Yo lo imité, mirándolo a los ojos. A continuación me hizo un par de preguntas, sobre mi vida, sobre mis gustos, sobre mi familia. Cuando le conté de la desaparición de mis padres para mi décimo cumpleaños, reaccionó. Él conocía mi caso, lo había leído en los archivos de detenidos desaparecidos que las organizaciones de Derechos Humanos mantenían escondidas en sus oficinas.

Se levantó de su sitio y se dirigió hacia la pared. Había un cuadro del dictador, del cual no me había percatado al entrar en la habitación. Abajo aparecía la firma del mismo con un pequeño mensaje, como si estuviese

dirigido a un admirador.

-Estamos registrados como una fundación que cuida ancianos, por lo que vivimos a base de una pequeña subvención que los militares nos entregan -dijo, yo lo escuchaba atentamente-, a veces vienen de visita para ver cómo marcha todo, por lo que tener este cuadro es de mucha conveniencia. Yo mismo le pedí la firma al viejo. A veces somos diplomáticos, otras veces nos gusta hacer las cosas de otra manera.

-¿Y revisan las habitaciones también? -pregunté- ¿De verdad tienen ancianos aquí?

-Pero claro que sí -dijo-, lo que los perros no saben es que varios de ellos lucharon en Nicaragua, Cuba, Sudáfrica, tú nombra un país, y ahí estuvo alguno de ellos. Además, los compañeros que viven aquí son enfermeros, doctores, profesores, ingenieros... todos ellos cumplen una función para el hogar, como también para nuestros propósitos. Como tal vez te hayas dado cuenta, es una casa muy grande, pero acá sólo hay personas. Todo lo demás lo tenemos bien guardado.

Yo asentí sin decir más. Quería saber hacia dónde conduciría su discurso. El ambiente clandestino llamó mi atención desde el primer momento, pero esa atracción podía costarme la vida si daba un paso en falso.

-¿Por qué quieres hacer esto? -me preguntó.

-Porque no hay día que pase sin que despierte odiando a quienes me hicieron lo que me hicieron. Me quitaron a mis padres, mi arrebataron mi vida. Eso debe pagarse con sangre.

-¿O sea que lo haces sólo por tí? ¿Es acaso tu motivación principal un deseo de venganza?

-El odio, al igual que el amor, es un factor motivacional muy grande, quizá el más grande -me levanté y me acerqué hacia él-, y sólo aquel que experimenta el dolor, la agonía, el sufrimiento y la miseria puede empatizar con su gente, con su pueblo, para unirse a ellos en la lucha contra el enemigo.

Me miró fijamente a los ojos. Su mirada era como el hielo, la cual contrastó con la sonrisa que poco a poco comenzó a dibujarse en sus labios.

-Bienvenido al batallón, compañero -dijo, estrechándome la mano-, espero que seas tan bueno disparando como lo eres hablando.

El momento se estaba acercando, podía percibirlo en el aire. Los rifles estaban dispuestos, armados y preparados. Me acosté posando mi estómago en el suelo. Mis dos compañeros estaban posicionados de igual manera alejados a una distancia prudente. Debíamos efectuar los disparos de manera armónica, sin dejar pasar un segundo antes de disparar el siguiente. Hasta que se acabaran las balas. El objetivo principal era el asesino. Si algún guardia o familiar moría, era el daño colateral. Si hacíamos que los autos explotaran, o se descarrilaran y chocaran, nos dificultaría la puntería, por lo que debíamos de ser muy certeros. Por eso nos eligieron a los tres para la misión. Teníamos la mejor puntería.

Miré mi reloj. Eran las 11 AM en punto. Él llegaría en cualquier momento. Mis nervios eran de acero, una pequeña gota de sudor me caía por la frente hasta llegar a mi nariz. En estos momentos así, hasta el estímulo más pequeño se pasa por alto cuando tienes tus ojos en la mira de un rifle fija en una carretera, pero esa gota ponía en peligro mi visión. Me pasé la mano por el rostro para enjugarme el sudor y volví a poner mis ojos en la mira, esperando. Me asaltó un último pensamiento. "Ella me perdonará después de que cumplamos nuestro objetivo", me dije. Ella no quería que asumiera el mando de esta misión. Tras insistirme durante días, se dio por vencida. "Soy el mejor de los tres en esto, no lo puede hacer nadie más", pensé. Y en el fondo, quería hacerlo. Nadie me iba a arrebatar la oportunidad única de matar al que me mató. Ni siquiera ella. Ella me perdonará, incluso aunque falle en esto, sabrá perdonarme.

De pronto, se escucharon a lo lejos los sonidos de los motores acercándose. Los autos venían detrás de una pequeña duna al costado del cerro en el que nos encontrábamos. Eran ellos.

No necesitamos mirarnos entre nosotros para percatarnos de ello. El ruido era evidente. Mantuve mi vista pegada a la carretera, procurando que el ángulo de inclinación no cediera ante el viento. El sol se encontraba detrás de nosotros, por lo que la luz no suponía ningún problema. Pero tampoco podía contar con que los nervios traicionarían mis camaradas. No los culparía si fallamos, si todo esto fuese en vano. Somos seres humanos, viviendo una vida indigna esperando el momento adecuado para darle a esta existencia la dignidad que debe tener. No debemos fallar. Rendirse nunca, retroceder jamás.

Las dos motocicletas aparecieron tras la curva. Detrás de ellos, venía el primer auto. "El objetivo principal es el perro", pensé. Ninguno de mis compañeros disparaba todavía. Era buena señal. Saben a quién hay que dispararle en primer lugar. La carretera pasaba en una línea recta por quinientos metros, por lo que teníamos que disparar mientras se mantuviera dentro de ese lapso de distancia, nos sería más fácil. Cuando apareció el segundo auto, en donde se encontraba él, comencé a cantar

los primeros versos que se me vinieron a la mente.

Puro Chile es tu cielo azulado

Puras brisas te cruzan también

Mientras cantaba, recordé que esto lo hacíamos por el país. Por nuestro pueblo, que a gritos pedía comida, paz, trabajo y dignidad. Cosas que se le han negado a punta de culatazos, muerte y tortura. Nuestra nación se va alzar, nuestro pueblo nos estará esperando a nuestro regreso, cuando lleguemos triunfantes por la caída del tirano. Mientras pensaba esto, el auto del asesino se encontraba en el punto de los trescientos metros.

A mi izquierda, mi camarada siguió el verso.

Y tu campo de flores bordado

Es la copia feliz del Edén

A mi derecha, mi otro compañero continuó con la canción, y ahí caí en la cuenta de que jamás lo había oído cantar antes. Esta era la primera vez.

Majestuosa es la blanca montaña

Que te dio por baluarte el Señor

La comitiva estaba en el punto de los doscientos metros. Ya no faltaba nada. Esperé toda mi vida para esto. El nuevo mundo está por comenzar. Tres personas, como cualquiera de ustedes, iban ahora a cambiar el rumbo de una nación. Íbamos a conmocionar al mundo, a conmover a las masas, a crear un mundo mejor.

Fijé la mira en medio del parabrisas del segundo auto, como el resto de mis compañeros también haría. Sentía el palpitar de mi corazón, el sonido fuerte de mi respiración y los últimos versos que habrían de marcar el principio de algo grande.

Al unísono, cantamos los tres.

Te promete un futuro esplendor

Y disparé.

(Eduardo Riveros)